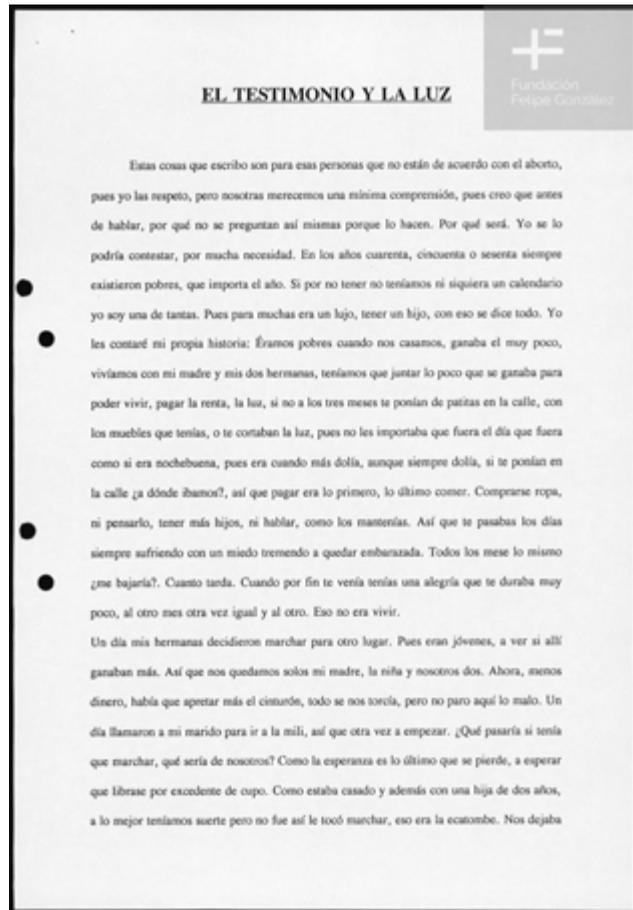


Capítulo 8



Carta de una ciudadana relatando los motivos y circunstancias personales que la llevaron a interrumpir su embarazo. Archivo Fundación Felipe González, signatura AFFG FFG004857.

Comida para cerdos

Por Laura Rubio Galletero

Manuela limpia una placa dorada. Frota el paño áspero sobre el metal hasta que se empaña con su propio vaho. Al otro lado de la calle, la ciudad ruge. Manuela se da prisa en terminar la tarea, no vaya a encontrarse con algún conocido capaz de girar la cara cuando pase por su lado. Lee de nuevo, casi sin querer, las letras inscritas en la placa: Doctor Hernando, dentista. Hasta hace muy poco, el único encargado del dolor de muelas era precisamente el que se dedicaba a arrancarlas: el sacamuelas. Pero España ha florecido por uno de sus costados y en los edificios brotan consultas y despachos donde los señores y sus señoras pueden escupir a quienes les limpian los suelos.

La chica de servicio mete el trapo escurrido en el cubo vacío y con la escoba en la otra mano sube las escaleras de mármol con cuidado de no resbalar. Ha sobrevivido al momento más humillante del día. Después, llegarán las gotas de sudor sobre la bata, el desprecio evidente de la señora, el vaciado de ceniceros del doctor y la carrera desbocada para pasar una última hora de luz con su hija...

No entiendo por qué tengo que escribir este texto.

Me he comprometido, es cierto. Y es de adultas cumplir con la palabra dada. Estoy en un momento de mi carrera donde la incertidumbre ha vuelto a instalarse entre la escritura y yo. Se ha metido en medio, como un niño grande que se resiste a dormir en su cuarto.

Procuro negociar con ella, y ella no quiere atender a razones, quizás yo tampoco quiera imponerme. Dudo, con la duda sana de quien comienza de cero en cada texto. Y dudo con la mala duda, la que me urge a que abandone y me dedique a un oficio menos descarnado.

Leo las cartas que me envían de la Fundación. Todas son sugerentes, todas tienen algo esencial. Proceden de personas reales, y ostentan el raro brillo de quienes desean comunicar fuera del alarde literario. Unas son duras, otras tímidas, unas piden, otras narran. Todas gritan. He de escoger. Y escoger nunca ha sido el fuerte de las fabuladoras.

Me inclino por la carta de Manuela después de debatirme entre dos cartas de mujeres. Es una carta extensa, escrita en un estilo algo forzado, con giros lingüísticos desconcertantes y experiencias terribles. Siento que he de escoger esa carta sobre las demás. Me siento en la obligación de elegirla a ella. Y no sé si es por lástima, por empatía o por responsabilidad civil. Cuanto más me lo pregunto más confusión se genera, y más alimento la duda. Aún estoy a tiempo de elegir la otra carta, e incluso de huir hacia el paraíso de las vacaciones y las novelas por leer.

Manuela nos relata una etapa de su juventud. Parece escrita algunas décadas previas a cuando fue enviada. La fecha la descubro después. Me sorprende la respuesta: 1995. El tono costumbrista recuerda a tiempos pasados.

Quien ha enviado la carta sería una Manuela ya mayor, en voz de una Manuela mucho más joven, sin que haya una brecha entre tiempos. Manuela se ha ficcionado a sí misma, Manuela ha devenido autora. Se ha desdoblado con la mirada poliédrica de quien

es y no es simultáneamente. La historia de la literatura sepulta millones de voces femeninas amparadas por la intimididad. Mujeres que llenan diarios y cartas en cuya escritura arde el fuego de la ficción. La carta de Manuela busca al otro, aunque el otro no parece ser quien dice ser. El otro es ella, que no es ella, que es el colectivo que mira a través de un caleidoscopio. Por momentos se olvida del destinatario y se deja arrastrar por la corriente de la experiencia, como un Proust o una Woolf. Manuela podría firmar su propia novela.

Comienzo el proceso previo a la escritura. Leo, releo, subrayo, cuestiono, anoto, descarto. Y vuelvo a descartar.

Lo que relata Manuela es tan crudo como reconocible. Terrible y humano. Subrayo sin pudor las imágenes más impactantes. Nos han enseñado que una imagen vale más que mil palabras, y hay que ir a la caza de las más salvaje, aquella que azuce al lector y le deje jadeante al borde del camino. En esta fase te conviertes en carnicera despiezando la res. Y diseccionas el texto, mientras por el sumidero se van litros de posibilidades. Perdóname, Manuela, por ir así buscándote. No soy digna de que entres en mi casa, aunque una palabra tuya sí me bastará. ¿Qué palabra? Si lo supiera, la duda se disiparía.

Vas fusionándote con el relato. Siempre igual. La objetividad no existe ni tampoco el realismo. Todo son superposición de filtros. Manuela se va convirtiendo en parte de mí, como un órgano que solo se detecta en el cuerpo cuando enferma. Lo que duele sigue vivo, te dices. Y algunos pasajes de la carta duelen. Me duelen a mí, a otros quizá les pasen desapercibidos. ¿Qué me duele?

En esta sociedad de la desinformación y la anestesia, un poco de dolor es síntoma de salud. Prefiero un asceta a un místico. Prefiero el deseo a la contemplación.

Ya estoy huyendo de nuevo, me refugio en las ideas en las que encuentro asilo político, y dejo a un lado mi emoción que no le

interesa a nadie. Entonces ¿con qué trabajo sino con emociones? Me contradigo. Es la opción del borracho de sobremesa que evita jugársela en el campo de batalla; como si escribir te pudiese matar.

Manuela escribe para «esas personas que no están de acuerdo con el aborto» a las que reclama «comprensión» y a las que expone una verdad capaz de cerrar todas las bocas. Quien aborta lo hace por necesidad. Es rotunda y veraz. No escapa de su dolor, lo atraviesa y desciende por él hasta el centro de su memoria. La envidia.

Manuela prosigue: «Siempre existieron pobres. Qué importa el año». Esa última frase estalla e ilumina mi hoja. La pobreza. Un concepto más manoseado que ciertas esculturas públicas, bruñidas por la mano del crédulo. Figuras para que los «pobres de solemnidad» confíen en su cambio de suerte. La pobreza le duele. La pobreza me duele porque me sé pobre, pobres fueron mis abuelos, sus padres, y los míos. Pobre sigo siendo yo cuando acepto un empleo tras otro y temo que no me renueven. La pobreza habita el cuerpo social, y quiero creer que la sociedad sigue viva. ¿A los que no fueron pobres les duele esta historia, o la admiran como a un animal exótico? ¿Los que un día fueron pobres y ya no lo son conservan la capacidad de avergonzarse? Los pobres nos avergonzamos con mucha facilidad. Me avergüenza confesar que vestí ropa heredada, que ahorré durante meses para comprarme unas deportivas, y que no viajé hasta bien entrada la veintena. Me avergüenza confesar que no fui madre de joven por no saber cómo mantenerlo mientras estudiaba, trabajaba, y escribía. Y me avergüenza descubrirme en la falta de Manuela. Yo también hubiera abortado. Eso sólo lo reconocen los pobres. Los que caminan pegados al muro para que no les salpiquen los charcos cuando pasan los coches oficiales y los que siguen viajando en vagones del metro donde no cabe un alfiler, o caminando si no queda crédito para viajes.

Esta carta te despoja de pretextos, en cuanto te crees ajena al relato vuelves a encontrarte en el centro de una plaza leyendo en voz alta y desnuda. En cuanto me cubro con una teoría, se expande el pudor en mi pecho como la letra escarlata. Y digo, como han

dicho las mujeres a lo largo de la historia: niña, de eso no se habla. Se reconoce y se calla, se oculta y se aviva. Una se avergüenza de lo que entiende como propio. Manuela lo vivió.

Su pobreza llega a ser obscena como todas las pobreza vistas con lupa. Muchas pobreza suman cero. Una se erige vertical en nuestra atención.

He escrito muchos monólogos en los últimos años. Monólogos para hombres y para mujeres. Voces capaces de albergar aliento y de conseguir que el público lo contenga. La tentación de convertir a Manuela en personaje cobra fuerza a cada línea. Su tono y su vigor se presta a ello, el resto lo aportó yo. Es un juego entre la autora que escribe, la autora que se reescribe en una carta y la joven atribulada. Tres mujeres dan para una pieza teatral. Protagonista, antagonista, ayudante. Stop. No necesitas contar todo. Stop. No desveles tus trucos. Stop. Si hablas con ellas, acabarás tú también convertida en personaje. Y no hay nada más detestable para un escritor que colocarse por delante de sus historias. Estás siendo demasiado dura contigo. Sólo busco lo mejor para Manuela. Para ti misma, querrás decir. No niego la búsqueda de un texto hermoso. ¿Hermoso o sublime? Sublime y hermoso. Te equivocaste de carta entonces. Mi vida no fue hermosa. Manuela, ¿eres tú? Soy tu puñetera psiquis. Hay más belleza en tu carta que en un templo románico. No uses la metáfora como una pátina de epicidad. ¿Quién escribe esto? Yo no sé lo que significa «metáfora» ni «pátina» ni «epicidad». Lo escribo yo. ¿Qué yo? Yo. La vida es. Mi embarazo no fue. Pasamos hambre, mucha hambre. El doctor me recetaba un jarabe reconstituyente. Comer, lo que yo necesito es comer. Y *Arriba España* o al calabozo.

«Sola, me encontraba tan sola, qué mal lo estaba pasando». Ni madre, ni hijina, ni marido, ausente de cualquier cosa que no fuera él mismo. Tampoco Dios atendía mis ruegos cuando el período dejó de bajarme. «Ya no podía con las rodillas de tanto estar suplicándoselo» Dios estaba ocupado en asuntos más importantes que los de la muchacha de servicio embarazada por amor. Alguien me habló de una mujer que por cincuenta pesetas solucionaba esos

problemas en su casa. Una barbaridad económica, asequible en casos desesperados. En aquella cocina apestaba a comida para cerdos. Al tumbarme sobre la mesa de la cocina, me pregunté dónde irían a parar los restos de mi bebé. La olla borboteaba. Y me encomendé a Dios una vez más, por si fuera la última. «El pánico que sentí en ese momento no puedo describirlo». Claro que no. No soy Manuela. He intentado mantenerme al margen del relato, pero el personaje habla por sí mismo. Un personaje más en esta pieza inesperada.

Ahora somos cuatro: la Manuela de la carta, la Manuela evocada, el personaje de Manuela y esta autora, una obra de elenco.

Manuela está tumbada sobre la mesa. «Había un olor, que se ponía uno malo, ya que cocía comida para los cerdos». ¿Cuándo estaré de vuelta? «Me moriré». La mujer me ha dicho que separe las piernas bien, como una marioneta. Intento mirar qué hace, mientras cumplo con lo que me pide. La mujer tomó una aguja de hacer punto. Vete. ¿Dónde vas a ir, Manuela? Dios, qué miedo tengo. Estaba muerta de miedo. La mujer metió la aguja por una goma larga. Más tarde descubriré que era una sonda. Ella se acerca, mete la cabeza bajo mi falda... Alto, no quiero seguir describiendo esta imagen. La primera vez que leí esta carta fue en un autobús y me llevé la mano al pubis instintivamente. De nuevo, el dolor de la pobreza, punzante y explícito.

«Quien aborta no lo hace por gusto». Manuela lo repite una y otra vez. En aquellos tiempos y en los actuales, una mujer parece obligada a justificar sus decisiones, sobre todo si afectan a nuestro cuerpo. El cuerpo de una mujer sigue perteneciendo a la opinión pública, que establece los parámetros de relación entre el ser, el género y el cuerpo, siempre en disputa. Cómo vistes, cómo piensas y cómo te relacionas son temas que asume el patriarcado, conocedor de lo que le conviene a la mujer, por encima de sí misma. Los «asuntos de mujeres» lo resuelven las mujeres en la sombra. De eso no se habla, chitón.

¿Y los hombres en esta historia? Siluetas a contraluz: doctor, esposo, policía. Figuras de autoridad que castigan cuando la vergüenza asoma. Y sólo a Dios le corresponde juzgar, concluye Manuela, encomendándose a un padre superior pero lejano. Va siendo hora de desconectarse del relato. Poco a poco, no dejemos a Manuela expuesta y oliendo a pocilga. A continuación, llega el desgarró, las vecinas levantándole las piernas, el ingreso urgente en el hospital.

Llega el final sin haber hallado un fin. ¿Qué podría haber escrito para disolver tanto dolor? Con las palabras nos embarcamos en un viaje sin retorno para resistir a la muerte, sólo a la muerte. El resto, lo vivimos.

Soy Manuela, y todas las demás. Sostuve su mano junto a la cama, recé por ella con mi nieta en brazos, le traje un café con leche para merendar. Soy también la mujer que ha recurrido al perejil e iré a la cárcel por ello. Tecleo: «aborto natural cómo provocarlo» y en menos de un segundo, se despliegan 3,260.000 resultados, más una columna complementaria. Páginas web, foros, vídeos con infinitos recursos que demuestran que algo sigue sucediendo con las mujeres, aunque al poder solo parezca importarles cuando legisla contra nuestros cuerpos, cuerpos que cometen irregularidades para el sistema, que se amontonan en fosas y descampados, que lloran a escondidas bajo la mesa, que aceleran el paso de vuelta a casa. Hoy existe una ley del aborto que nos ampara, ayer no la hubo, y quizás mañana desaparezca, a tenor del clima político. Y hablamos de este país, otras realidades existen fuera de nuestras fronteras. Las leyes en defensa de las mujeres se promulgan sin las mujeres. «Todo para el pueblo, pero sin el pueblo» acuñaría el despotismo ilustrado. Lo que el poder no asume es que la mujer seguirá su camino, conlleve pena, cárcel o infección. Criar a un hijo es mucho más que alentar un ínfimo porcentaje de natalidad. Cualquier mujer sabe que parir es perder su lugar en el mundo. Se necesita un buen estímulo y no el deber patriótico a la hora de tener hijos. Si una mujer de cuarenta años aún se lo sigue planteando es porque quizás, no ha tenido la opción real de decidir antes. Por ello, exige el derecho para ella misma, como un

miembro útil de la sociedad y no un colectivo damnificado. Ahora escribo yo. Autora privilegiada de este texto. Testigo de las penalidades de Manuela, cómplice de su dolor. Escribo y me escriben. Sus palabras me han reescrito como mujer. «Pues yo digo que no es como ir de romería, es dejar un poco lo que nos pertenecía, que no podíamos quedárnoslo». Saco la cabeza de la emoción para respirar en las ideas, para justificar tanto sufrimiento. Despido a los personajes uno por uno: las señoras, la madre, la hijita, las vecinas, la abortista, la monja enfermera, incluso mi voz se irá apagando hasta alcanzar el cierre.

He podido escribir un relato, he podido escribir un texto teatral, he podido escribir un ensayo. Lo has mezclado todo, como la comida para cerdos. No, para prescindir de juicios como Manuela nos pide. «Sólo digo lo que pienso nada más- Qué hagamos bien o mal, solo Dios nos tiene que juzgar, pero el hombre..., el hombre NUNCA JAMÁS».

Gracias, Manuela.

Gracias a ti.

Debes irte.

Ya no estoy.

¿Eres fruto de mi fantasía?

O de tu corazón.

Dejemos el corazón fuera de la hoja.

Como si se pudiera...

Vámonos.

Si no estoy, no puedo irme.

Si hablamos, estás.

¿Quién está escribiendo?

Escribes tú.

Escribes tú.

Escribo yo.

Vámonos.

Gracias.

Adiós.